

A PROPÓSITO DEL CENTENARIO DE ALAIN GUY
(1918-2018): DISCURSO DE INVESTIDURA COMO DOCTOR
HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

*In referring to Alan Guy's Centenary (1918-2018): inauguration
speech as Honorary Doctorate from the University of Salamanca*

Santiago ARROYO SERRANO
Universidad de Salamanca

Recibido: 11 de abril de 2018
Aceptado: 8 de mayo de 2018

RESUMEN

Este artículo presenta por primera vez un documento inédito, el discurso pronunciado por Alain Guy en la recepción del doctorado *honoris causa* por parte de la Universidad de Salamanca en el año 1986. En dicho discurso, que se reproduce íntegro tal y como se conserva en el archivo universitario el filósofo francés, estrechamente unido a Salamanca por el Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana fundado hace 40 años por el profesor Antonio Heredia Soriano, habla sobre los objetivos de su programa de investigación, sus relaciones personales, sus vínculos con Salamanca y su universo filosófico.

Palabras clave: Salamanca, Alain Guy, Filosofía Española, Humanismo, Hispanismo.

ABSTRACT

This article presents for the first time an unpublished document, the speech pronounced by Alain Guy at the reception of the honorary doctorate by the University of Salamanca in 1986. In this speech, which is fully reproduced as it is kept in the university's archive, the French philosopher closely linked to Salamanca through the Seminar of History of Spanish and Ibero-American

Philosophy founded 40 years ago by Professor Antonio Heredia Soriano, talks about the objectives of his research program, his personal relationships, his links with Salamanca and his philosophical universe.

Key words: Salamanca, Alain Guy, Spanish Philosophy, Humanism, Hispanic Studies.

Alain Guy (1918-1998) fue un filósofo francés que dedicó su vida a impulsar y construir un nuevo humanismo a través del estudio y la enseñanza de la filosofía española e iberoamericana y encontró en nuestra historia filosófica las soluciones a los problemas del mundo contemporáneo. Su pensamiento filosófico se enmarca en un contexto eminentemente europeo, pues establece un provechoso y fructífero diálogo entre las tradiciones filosóficas española y francesa. Puso en marcha su obra en tres facetas: la investigación, la docencia y la institucionalización del estudio de la filosofía española con la puesta en marcha de un Centro único, “Centre de Philosophie ibérique et ibéro-américaine”.

Al leer sus numerosos y diversos trabajos se observa que su pensamiento va más allá de su labor de historiador erudito y gran conocedor de la filosofía española. Su proyecto filosófico lo realizó en diálogo con las grandes figuras hispánicas con las que llevó a cabo su misión como filósofo recuperando los valores de la filosofía española en Salamanca. Uno de sus valedores y colaboradores fue Antonio Heredia Soriano, con quien participó activamente desde el primer momento en la fundación e impulso del Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana, que este año 2018 celebra su XVIII edición. En las *Actas del V Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana* expresaba Heredia la relevancia de su nombramiento como doctor *honoris causa*: “la consagración pública del hispanismo filosófico exterior como una parte esencial de su proyecto, consagración simbolizada en la investidura de Alain Guy como doctor *honoris causa* por la Universidad de Salamanca el 26 de septiembre de 1986”¹. El profesor Heredia, que apadrinó al filósofo francés, resumía la heroicidad de sus valores y trabajo académico e intelectual puesto que ninguna figura como la de A. Guy, por sus peculiares

1. Véase a este propósito para ampliar del discurso del rector Amat y la pieza literaria de la escritora vasca Pilar de Cuadra (HEREDIA SORIANO, A. (Ed.), “Introducción”, *Actas del V Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1988. ALBARES, R./HEREDIA, A. (Ed.): *Filosofía y literatura en el mundo hispánico: actas del IX Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana*, Ediciones Universidad de Salamanca, 1997), en la que se refleja la altura y valor de este nombramiento desde la perspectiva oficial y amistosa.

características personales y profesionales, podía encarnar mejor nuestra inclinación en este punto, y de ahí el homenaje cordial y merecido. El haber fundado en la Universidad de Toulouse (Francia) el único centro de investigación y docencia dedicado fuera del mundo hispánico con exclusividad al estudio y divulgación del pensamiento español, portugués e iberoamericano; el haber hecho de ese Centro tolosano un auténtico nudo de comunicación hispánica e hispanista en el orden filosófico; el haber sido el realizador en su país de la primera síntesis amplia y sistemática de nuestra historia filosófica; el haberse consagrado íntegramente, sin desfallecimiento ni interrupción a lo largo de los cincuenta años de su vida profesional activa, a su tarea de hispanista filósofo, poniendo en práctica una metodología amplia y flexible, que si por un lado le ha llevado a dar de nuestra historia filosófica una visión un tanto primaria y aparente, le ha permitido por otro incorporar toda la vida filosófica de España sin exclusivismos ni excepciones partidistas, esgrimiendo siempre una crítica armoniosa y constructiva basada en un profundo deseo de comprensión. [...] La rara unanimidad con que fue votada su candidatura por el Claustro Extra-ordinario de Doctores –84 claustrales presentes, 84 votos afirmativos– induce a pensar que se comprendió bien, no solo el valor de su obra, sino la trascendencia del proyecto salmantino inspirado parcialmente en ella².

En Salamanca, Guy entabló amistad con personalidades como Juan Domínguez Berrueta, Enrique Rivera de Ventosa o el mismo Antonio Heredia Soriano³, pero cualquier persona que lo conociera esboza una sonrisa en su rostro cuando escucha hablar de Alain Guy. Cuando interpreta a un pensador tenemos la sensación de que habla con el amor de quien respeta y aprecia a un amigo del alma. Salamanca le devolvió dos grandes méritos: la concesión por una sorprendente unanimidad del Claustro de doctores el doctorado *honoris causa* y la invitación a ser miembro fundador del Seminario de Historia de la Filosofía Española e Iberoamericana, tan bien conocido y que tantos frutos ha dado en la materia; pero sobre todo las amistades que entabló y los paseos que dio por la ciudad con muchos colegas.

El maestro de Alain Guy fue el historiador de la filosofía Jacques Chevalier, no solo en cuanto a su orientación y método, sino también respecto a su amor por España: él fue quien impulsó en el joven Guy su amor por

2. Véase Heredia Soriano, A. (Ed.), “Introducción”, *Actas del V Seminario de Historia de la Filosofía Española*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 1988.

3. Véanse a propósito de la amistad que mantuvieron Guy y Antonio Heredia, los trabajos que este último publicó en la *Revista de Hispanismo Filosófico. Historia del Pensamiento Iberoamericano* (Madrid): “Alain Guy (1918-1998): hispanista y filósofo”, n. 4 (1999), pp. 61-68 y “El legado bibliográfico de Alain Guy”, 9 (2004), pp. 64-72.

España, por Salamanca y por la consagración plena al hispanismo filosófico, a través del cual expresó su visión del mundo, pues su maestro siempre se interesó por nuestra cultura y filosofía, siendo uno de los principales amigos de Miguel de Unamuno, discípulo de Henri Bergson y maestro del gran personalista Emmanuel Mounier. Acceder a Salamanca a través de Unamuno y Fray Luis de León fue hacerlo por la puerta de los grandes humanistas de la palabra, hombres de gran personalidad y que sin duda han marcado lo que hoy es Salamanca y su centenaria universidad.

Guy se interesó por la filosofía, la mística, la literatura y la teología, aunque su trabajo se focalizó especialmente en el pensamiento filosófico que había sido descuidado en Francia. Todos tenemos ideas pero no todos somos filósofos, y en eso no tuvo duda el tolosano. En cuanto a su amor por España y como historiador, realizó la primera síntesis completa, en un solo libro, de la filosofía española desde el siglo XIII, finalizada el 1983. Además de por la filosofía ibérica en general, incluyendo España y Portugal, así como América Latina, personificó sus estudios en grandes figuras como Vives, Fray Luis de León, Unamuno, Ortega y la tradición de médicos-filósofos, entre otros. Dedicó también importantes estudios al papel de la mujer en la filosofía española y a las mujeres filósofas en España. Como tarea histórica de interpretación en los textos, su gran aportación, ha sido la de estudiar el tiempo presente, lo que podemos llamar el “pensamiento vivo”, vislumbrando que la mejor forma de acceder al conocimiento de España y perseverar en su amor por nuestro país era encontrar su tradición, su gran cadena del ser hispánico perviviendo “en carne y hueso” en los autores vivos, tanto en los habitantes de Salamanca como en cualquier rincón de España.

En todos sus trabajos historiográficos –ya sean artículos, reseñas, monografías o participación en congresos– y en su pensamiento, hecho desde un profundo amor a todos los autores, se detecta, con ilusión y cercanía, un carácter apologético de la filosofía española, un esfuerzo no solo por recuperar la doctrina de los autores sino por defenderlos y permitir que fueran conocidos de manera directa, pues “el fino olfato intelectual de Alain Guy le hizo destacar pensadores minusvalorados u olvidados en nuestro país y silenciar discretamente a otros que habían gozado de prestigio entre nosotros por pertenecer a grupos determinados de presión o de poder”⁴, tal como escribe en una necrológica Juan Fernando Ortega Muñoz, en la que apostilla que “pocos pensadores han hecho tanto por destacar la importancia de la

4. ORTEGA MUÑOZ, J. F., “Alain Guy, in memoriam”, *Contrastes. Revista Interdisciplinar de Filosofía* (Málaga) IV (1999), p. 6.

filosofía española como el profesor Alain Guy”⁵. Dicha apología, que ha sido reconocida por la mayoría de compañeros, alumnos y colaboradores, pretendía desechar toda concepción nacionalista frente a una concepción objetiva. La filosofía española para él tenía valor en sí misma, y no era cuestión de realizar una defensa irracional y puramente tradicionalista.

La conciencia de su misión histórica y su fuerte compromiso personal, lleno de exigencias de verdad, hacen que su obra se convierta en un heraldo de la misión hispánica, por su gran objetividad y su compromiso ético fortísimo. En ella recupera una *humanitas* como un hombre íntegro en todas sus relaciones académicas, sociales, vitales, etc., que lleva a su valoración comprensiva y amistosa de la actividad del pensamiento con una consideración por el hombre y por todo lo concerniente a sí mismo. La filosofía de Alain Guy, su proyecto historiográfico, están siempre orientados a la entera humanidad.

Todo lo que envuelve a un filósofo es importante para explicar y comprender su filosofía, y en diálogo con él se pueden captar las ideas y su pensamiento. El carácter de Alain Guy, su expresión con claridad y método, suscitó y posibilitó vocaciones de hispanistas, a quienes transmitió su amor por las cosas de España –prueba de esto es que dirigió unas 70 memorias de maestría y más de 50 tesis doctorales–; además, por su *interés didáctico y divulgativo* animó un equipo de investigadores que bimensualmente se reunían para componer en común y desarrollar avances en investigación de la filosofía de España y de América Latina.

Mantuvo un diálogo permanente con los protagonistas de la filosofía española e iberoamericana. En ese sentido, un hilo de oro conecta a Sócrates con el vitalismo dialogante de Guy, que apela al socratismo porque retorna a la oralidad primigenia de la filosofía. Arraiga de nuevo la investigación filosófica en la vida. Dialoga, convive, conversa. Pasa a la escritura y llega al tratado, o más exactamente al ensayo, porque es posterior a Montaigne. Guarda, sin embargo, ecos del socratismo recobrado.

Alain Guy quiso ver en la tradición filosófica española y especialmente en la salmantina y su centenaria Universidad una sabiduría a medida de los tiempos modernos, que se encarna en los filósofos del siglo xx.

A continuación reproducimos el discurso de agradecimiento en el acto de investidura como doctor *honoris causa* por la Universidad de Salamanca el 26 de septiembre de 1986. Este texto depositado en el Archivo Central Universitario⁶, supone una valiosa aportación al patrimonio filosófico

5. *Ibidem*, pp. 6-7.

6. Archivo central Universidad de Salamanca: AUSA_AC,5357/5 (11 páginas incluyendo portada, mecanografiado).

salmantino en las últimas décadas. En él explica su dedicación a la filosofía española, cómo surgió esa vocación, sus primeros contactos con Salamanca y el itinerario de su “afición por España” desde *El Quijote* hasta el empuje de Jacques Chevalier. Después habla de sus numerosos viajes a España y de sus relaciones con personalidades salmantinas como Juan Domínguez Berrueta, Manuel García Blanco, Antonio Tovar, Luis Sala Balust, Guillermo Fraile, Teófilo Urdániz, Santiago Ramírez, Alejandro Roldán o Miguel Cruz Hernández. También repasa otros amigos no salmantinos como Juan Zaragüeta, Gregorio Marañón, Maurice Legendre, Xabier Zubiri, Joaquín Carreras Artau, Juan Roig Gironella, José Gaos, José Ferrater Mora o María Zambrano. Finalmente, explica sus proyectos de estudio e investigación y dedica unas palabras al humanismo integral de Salamanca, guiado por su Universidad.

1. DISCURSO DE AGRADECIMIENTO A LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
 (Con motivo del doctorado *honoris causa*)

En un volumen colectivo reciente, titulado *Ferveur pour Jorge Guillén* (París, 1986, Ed. de la Librairie Espagnole, p. 29) que reúne nueve conferencias pronunciadas el 16 de marzo de 1984 en Sorbonne como homenaje al gran poeta desaparecido, el hispanista Paul Bénichou recuerda una charla suya con Guillén acerca de los honores oficiales y del buen uso de los mismos. Escribe: “Este tema es delicado especialmente para los poetas y para los hombres de pensamiento en general. No pueden buscar activamente los honores sin rebajarse y tampoco fingir que los desprecian cuando los reciben, so pena de pasar por hipócritas, ni hablar mal de ellos cuando no los tienen, sin ser tachados de despecho o de fanfarronería; e incluso los que los rehúsan cuando se les ofrecen son sospechosos de aspirar a una gloria más sutil que la que apetece la mayoría de sus colegas”. El problema parece insoluble. Sin embargo, don Jorge decía únicamente: “No culpo a quienes los desean; yo no los busco, mas no querría rehusarlos si me fuesen ofrecidos”.

Respecto a mí, ¡ignoro, en verdad, dentro de cuál de esas categorías debería clasificarme! ¡Empero, sin falsa modestia, creo poder confesar que aceptaría gustoso estar entre los que, como Guillén, acogen con mucho gusto el ser objeto de una distinción insigne! Mi alegría es pues grande, tanto más cuanto que no había hecho la más mínima gestión para solicitarla, por ello esta decisión de la gloriosa Universidad salmantina me ha sorprendido gratamente y me pregunto si verdaderamente la merezco...

En efecto, señores, ¿cómo no ser sensible al título tan preciado de doctor *honoris causa* de la Roma del Tormes, de la inmortal Universidad de Vitoria

y de Luis de León, de Suárez y de Unamuno, a tan eminente distinción que únicamente han recibido antes que yo algunos premios nobel, el gran músico Joaquín Rodrigo, Santa Teresa de Jesús, a título póstumo, y otros próceres?

Quiero mostrar mi agradecimiento de todo corazón por este homenaje a mi persona que, más allá de ella, entiendo se dirige a la Universidad Francesa y especialmente a nuestro Centro de Filosofía Ibérica e Iberoamericana.

Resulta difícil expresar mi emoción ante recompensa tan alta y excepcional por mis modestos esfuerzos en pro de la difusión de la filosofía española en mi patria y en el mundo...

Es cierto que me he dedicado al estudio del pensamiento ibérico e iberoamericano desde hace cincuenta años –exactamente desde mi licenciatura–, pero hubiera querido hacer todavía mucho más porque el campo es rico e inmenso; sin embargo, los obstáculos han resultado ser numerosos y el tiempo excesivamente corto, sobre todo para un filósofo que en el liceo había aprendido el inglés y el italiano y no el castellano. Por un lado, las pesadas tareas de profesor de enseñanza media durante un largo periodo de 20 años, primero, y nuestra facultad Tolosana, con sus numerosos alumnos, después, me dejaban poco tiempo para el ocio. Por otro, la II Guerra Mundial con los innumerables estorbos de la horrible ocupación alemana y, posteriormente, un hecho particularmente doloroso ocurrido en mi propio hogar me aplastó “moralmente” en 1949... A pesar de todo pude continuar, Dios mediante, y llevar a buen fin mis tenaces investigaciones. *Labor improbus omnia vincit*.

Maurice Legendre comentaba al no menos famoso hispanista Robert Ricard, que si pudiese observar atenta y detenidamente la espléndida fachada de la Catedral Nueva de Salamanca, sería dichoso para siempre (*Cuadernos de la Cátedra M. de Unamuno*, VI artículo de R. Ricard titulado “Maurice Legendre”, p. 99, 1956).

Este mismo entusiasmo me invade cada vez que me hallo en esta inolvidable ciudad, sobre todo al contemplar la fachada plateresca de la Universidad, y más aún cuando pienso en el enorme acopio de saber que representa esta estupenda morada, como ya observaba F. Cervantes de Salazar en sus *Varios diálogos* de 1554 (México, diál. III) cuando decía: “no hay en Sicilia tanta abundancia de trigo, como en Salamanca de Sabios”.

Naturalmente, sería inútil repetir aquí lo ya dicho al respecto en mis libros, artículos y conferencias, pues ya el mundo civilizado sabe de la gran deuda contraída con Salamanca, maestra de cortesía y de lucidez, profesora de finura y energía, guardiana de las mejores tradiciones humanas y promotora de valiosas y anheladas reformas.

¿Cómo no venerar esta “democracia *frayluna*” o laica de España, que a la vez resulta ser una verdadera aristocracia del Espíritu y cuya encarnación es

Salamanca? Como resumen de esta lección excelsa, viene a mi recuerdo un lema que vi escrito en 1957 sobre un escudo de Santillana del Mar, en la calle del Cantón: “Da la vida por la honra, y la honra por el alma”. Esta divisa de la familia de los Cos, en la casa de los Villa, nos enseña que se debe preferir el honor y la rectitud a la existencia, sometiendo a su vez el honor al bien espiritual, es decir, al amor de Dios, que es su fuente suprema.

En nuestro mundo de 1986, devastado por el culto a Don Dinero, por el imperialismo, por el fanatismo, por el grosero laxismo, por el totalitarismo o por el terrorismo, la *sapientia* salmantina constituye un ejemplo sin igual. Esta *sophrosine* nos invita a aplicar el consejo dado por una inscripción del Patio de las Escuelas Mayores, citado por Lamberto de Echeverría en su exquisita *Presentación de la Universidad de Salamanca*, que hace alusión a la síntesis prudente del progreso y del conservadurismo: “*velocitatem sedendo, traditatem tempera surgendo*”.

* * *

Pasando ya a un plano personal, mi primera obligación es mostrar mi agradecimiento en este gran día que me dedican a mis dos queridos amigos Antonio Heredia Soriano y Enrique Rivera de Ventosa, que están en el origen del honor que vuestro ilustre Cuerpo hoy me otorga.

Antonio Heredia ha hecho todos los trámites para presentar al Claustro mi “currículum” y sugerir la halagüeña medida en mi favor. En verdad, ha sido un buen abogado, generoso y persuasivo. Hombre de gran y segura erudición, el señor Heredia se ha dedicado completamente a la filosofía española, fundando con otros colegas, hace ya ocho años, los relevantes Seminarios de Historia de la Filosofía Española que mantiene, como coordinador, con su desvelo ilimitado. El proyecto de estatutos de dicho seminario que propone hoy es extremadamente interesante para nosotros los franceses –especialmente para nuestro Centre de Philosophie ibérique et ibéro-américaine–, fundado por mí en 1967. El hermanamiento entre el grupo de Salamanca y los otros grupos no españoles sería sin duda algo muy positivo. Cualesquiera que sean las decisiones oficiales tras las discusiones habidas en el marco de este IV Seminario, ¡hay que felicitar a nuestro distinguido colega por esta iniciativa y por su perseverancia dentro de la vía de una internacionalización de esa entidad tan fructífera!

El Reverendo Padre Enrique Rivera de Ventosa, catedrático jubilado de historia de la filosofía medieval en la Universidad Pontificia, tiene derecho también a recibir todo mi agradecimiento. Este eminente capuchino, hombre de inmensa cultura teológica, filosófica y literaria, y dotado de un gran corazón,

es desde hace casi treinta años mi mejor valedor en Salamanca, después de la muerte de D. Juan Domínguez Berrueta. Él me ha presentado a las señoras Leo Ibáñez, viuda de García Blanco y Felisa Unamuno, y me ha tenido siempre al corriente de la actividad filosófica salmantina y peninsular. Admiro sus libros y estudios sobre el pensamiento medieval y contemporáneo (por ejemplo, sobre Bergson, Zubiri, Unamuno...); alma ardiente, abierta y tolerante, este sincero hermano de San Francisco es querido por todos, y yo le ofrezco aquí mi homenaje respetuoso y agradecido.

* * *

Con el permiso de ustedes, describiré a continuación muy brevemente el itinerario de mi afición por España.

Mi primer contacto con vuestra gran Patria fue, siendo yo todavía niño en París, la lectura en 1927 de *El Quijote*, en una traducción abreviada de la Bibliothèque Rose. Sin embargo, en nuestras clases de los liceos Montaigne y Louis-le-Grand, los profesores apenas hablaban de España, y pronto he tenido conciencia de la existencia de una laguna en nuestra instrucción, e igualmente de una subconsciente hostilidad latente para con la península ibérica y la América hispánica: tal vez este ostracismo estaba causado por la leyenda negra y por el recuerdo de las guerras de antaño entre Francia y España...

A pesar de esto, la proclamación de la II República Española el 14 de abril de 1931 suscitó en mí y en mis camaradas de liceo un vivo interés, pero sin consecuencia y completamente efímero.

Las cosas cambiaron en 1935. Siendo estudiante en la Universidad de Grenoble, el entonces decano Jacques Chevalier, gran filósofo bergsonianos y católico, amigo personal de Unamuno (gracias a él, doctor *honoris causa* por Grenoble), suscitó en mí el amor e interés por España, e inmediatamente devoraba *Del sentimiento trágico de la vida* (en la traducción de Marcel Faure-Beaulieu) y algunas novelas del rector salmantino. En adelante mi vida intelectual se orientó hacia el descubrimiento de ese maravilloso nuevo mundo que constituía para mí la nación que engendró al Santo Rey Fernando, Calderón, Velázquez, Goya y Ramón y Cajal.

El Alzamiento de julio de 1936 produjo un gran choque moral en mí, presintiendo la próxima llegada de la II Guerra Mundial; este desgarramiento de las dos Españas me causaba gran dolor.

A partir de 1937 trabajé en la preparación de mi memoria de licenciatura sobre Fray Luis de León y la Universidad de Salamanca, para cuya elaboración pedí consejos a D. Juan Domínguez Berrueta, amigo de Jacques Chevalier, quien siempre respondió pronto y ampliamente a mis cartas y consultas.

Por otro lado, nuestro rector, Jean Sarrailh, conocido hispanista, también me ayudó eficientemente. Entre tanto, asistía junto con otros tres compañeros a los primeros cursos de español impartidos en la Facultad por el cónsul Vicente de la Fuente y Arcenegui. En 1938 defendí mi tesis de licenciatura, dirigida por Jacques Chevalier y Émile Lasbax, quienes me incitaron a perseverar en el camino iniciado.

En 1939, siendo profesor en el liceo de Limoges (Alto Vienne), inicié la realización de mi tesis de doctorado, recibiendo abundante documentación a través de Juan Domínguez Berrueta y de otro amigo mío, José Dosal, seminarista español que concluía sus años de seminario en Limoges. La lectura de las obras de Fray Luis de León era mi tarea cotidiana, mañana y tarde... Tras cuatro intensos años de trabajo, defendía en 1943 esta tesis en Grenoble ante un tribunal formado por Jacques Chevalier, Louis Halphen (profesor judío, ilustre historiador), Eugène Kohler (hispanista de Estrasburgo), Pierre Ronzy (profesor de lenguas romances) y Antoine Durafour (profesor de filología).

Tras la Liberación, enseñé en un liceo parisiense, siguiendo a la vez en el Colegio de Francia los cursos de Marcel Bataillon (donde encontré al poeta Jorge Guillén, quien habló favorablemente de mi tesis, una vez leída por él) y sobre todo los del gran especialista en San Juan de la Cruz, Jean Baruzi.

En 1948, a través de Aurelio Viñas, recibí una invitación de Manuel García Blanco para colaborar en el Primer Cuaderno de la *Cátedra Miguel de Unamuno*, confeccionando inmediatamente un artículo titulado “M. de Unamuno, pèlerin de l’absolu”.

Más tarde, nombrado ya profesor en el Liceo Berthelot de Toulouse inicié, para conocer mejor España, mis 130 viajes a esta gran patria. En el transcurso de estas estancias –30 de las cuales han sido en Salamanca– he tenido la dicha de ser recibido por numerosas personalidades.

Permítanme evocar algunas hoy ya desaparecidas.

Describiré, en primer lugar, la noble figura de don Juan Domínguez Berrueta, cronista oficial de la provincia, patriarca admirable que traté hasta su muerte en 1959. He hablado ya de él en el primer Seminario de Historia de la Filosofía Española en Salamanca (año 1978). Quisiera decir aquí todo lo que debo a este gran salmantino y erudito incomparable. Su profundo humanismo, su fe cristiana ferviente y respetuosa, su patriotismo, su amor a la Roma del Tormes, me han aportado no pocas enseñanzas. Ante mis ojos representaba el tipo del hidalgo del Siglo de Oro y también el modelo de sabio paciente y modesto que corre sinceramente en pos de la verdad. En resumen, un hombre de bien, o mejor, y como se suele decir, “una gran persona”.

Lo conocí *de visu et auditu* en abril de 1953, durante mi primer viaje a España. Llegué a Salamanca por ferrocarril, al anochecer de un miércoles 8

de abril. Desde el Hotel Universal, en la Rúa Mayor, telefoné a don Manuel García Blanco, quien enseguida me citó para las once de la noche en su piso de la Plaza del Corrillo. Hoy se presenta de nuevo en mi mente este hombre tan afable, un poco calvo, de elevada estatura, en su vasto despacho lleno de libros y de fotos de Unamuno. Era un “caballero” en el pleno sentido de la palabra, y un extraordinario erudito. Charlamos animadamente de Unamuno, de Chevalier, de Domínguez Berrueta, de Mathilde Pomès... y del general Thiébault, que ocupó Salamanca durante la Guerra de la Independencia, y que obtuvo el grado de doctor *honoris causa*... Aquella apasionada entrevista finalizó pasadas las dos de la madrugada...

Al día siguiente fui al Puente Romano, donde transitaban muchos campesinos con sus pequeños burros cargados de frutas y legumbres. A eso de las ocho y media, fui recibido por Juan Domínguez Berrueta, en el n.º 3 de la calle Ramos del Manzano (actualmente Gran Vía), quien, como cada día, regresaba de oír la misa matinal en la Iglesia de San Julián. Nuestra conversación fue animada y sincera... Me invitó a asistir a la apertura del Congreso de los profesores de ciencias de España y América Latina, en el Paraninfo de la vieja Universidad... En cada una de mis visitas posteriores a Salamanca mi primera visita era para él.

También traté al rector Antonio Tovar, quien me dedicó su hermosa obra sobre Sócrates, en abril de 1954; al padre Luis Sala Balust, eminente estudioso de Juan de Ávila, desaparecido prematuramente; al padre jesuita Mauricio de Iriarte, biógrafo de Huarte y García Morente, quien me mostró el interior de la Clerecía. En el convento de Dominicos visité también a Guillermo Fraile, estimado historiador de la filosofía en general y de la filosofía española, y a su continuador Teófilo Urdánoz, pero sobre todo conversé durante dos largas horas con el padre Santiago Ramírez, hombre cortés y de espíritu fuerte, a quien no disimulé mis preferencias por Ortega y Gasset, aunque sin entrar en discusión alguna sobre este asunto...

En Salamanca conocí, igualmente, al padre jesuita Alejandro Roldán y a mi fiel y gran amigo don Miguel Cruz Hernández, famoso arabista y psicólogo de gran valor.

Sin querer molestarles, me gustaría evocar ahora algunos de mis principales amigos no salmantinos. Ante todo he de rendir homenaje a la memoria de monseñor Juan Zaragüeta, director del Instituto Luis Vives de Filosofía, fallecido en 1974 y gran amigo de Francia. Este tomista independiente, formado en Lovaina y discípulo de Ortega, demostraba una fina inteligencia y una gran amabilidad. Exento de todo fanatismo y muy comprensivo, se esforzaba por tender puentes entre conservadores y liberales. Participaba en todos nuestros congresos franceses de filosofía, y era muy estimado por Gaston Berger,

director de enseñanza superior, aficionado a temas de España y de América Latina. Su ontología vitalista y axiológica, muy cercana a la de Forest, Lavelle, Blondel y Paliard, no era, en modo alguno, integrista. Aún creo verle tocando al piano unos aires de Mendelssohn, Chopin o Schubert, durante toda una noche de septiembre de 1960 en su piso de la calle Legazpi, en San Sebastián...

Es preciso recordar también mis conversaciones con el médico-filósofo Gregorio Marañón, allá por 1959, hablándome siempre de los exiliados, y particularmente de Salvador Llopi...

¿Cómo no recordar también mi charla de 1953 con Maurice Legendre, director de la Casa de Velázquez, sobre España, los hispanistas franceses, y sobre todo de Salamanca y de la Peña de Francia?

Varias veces visité también a Xavier Zubiri, que había residido un año en París. Recuerdo con qué curiosidad me preguntaba por Chevalier, Jean Wahl, los hermanos Jean y José Baruzi, Marcel Bataillon, el reverendo padre Dubarle... Es, a mi juicio, el más penetrante de los filósofos españoles actuales y merecería ser traducido al francés.

Quiero recordar también a ese maestro extraordinario que fue en Barcelona Joaquín Carreras y Artau, historiador de la filosofía española de la Edad Media, quien me informaba, a través de sus frecuentes cartas, de la producción filosófica española... No quisiera olvidar al padre Juan Roig Gironeña, ni tampoco a algunos filósofos republicanos en el exilio con quienes he mantenido lazos estrechos, especialmente con José Gaos, antiguo rector de la Universidad de Madrid durante la República, refugiado en México, donde impulsó magistralmente los estudios filosóficos..., María Zambrano, orteguiana de convicciones católicas, sobre cuya figura he escrito cuatro estudios... y finalmente, José Ferrater Mora, gran lógico y metafísico, establecido en Bryn Mawr College (EE. UU.), quien me guio un poco en la época de la gestación de mi libro *Los filósofos españoles de ayer y de hoy*, allá por 1956...

* * *

Dejando ya a un lado este pasado, para mi hoy tan presente y tan fresco, se preguntarán ustedes, tal vez, cuáles son mis proyectos de estudio y de investigación, a pesar de mi ya avanzada edad. Contestaré brevemente ateniéndome a dos planos.

A mi nivel propiamente personal, desearía, si Dios quiere, trabajar sobre el rebrote de la metafísica en la España del siglo xx (Amor Ruibal, Eugenio D'Ors o Zubiri, e incluso Ferrater Mora o García Bacca), así como sobre el progresismo cristiano (de Aranguren a González Ruiz, Carlos París, Alfonso Comín, Carlos Díaz, Maceiras, etc.), y también pienso preparar

algunos estudios sobre Ramón Sibiuda, Sabuco, Juan de los Ángeles, Miguel Servet, etc.

A nivel de nuestro Centro de Filosofía Ibérica e Iberoamericana, seguirán su camino algunas empresas colectivas ya iniciadas. Algunos colegas, como Juan Cobos, amplían sus investigaciones sobre Francisco Sánchez y el escepticismo español; el doctor Louis Gayral escruta el trasfondo filosófico de la nueva psiquiatría española (de Luis Martín Santos a Ramón Sarró y José Gallart Capdevila); André Ramel e Yves Floucat preparan sus tesis sobre San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús; André Gallego Barnés prosigue sus investigaciones sobre la pedagogía de la filosofía en Valencia en el siglo XVI; Marie Laffranque se ocupa de la diglosia, principalmente entre los refugiados españoles en Francia, y continua estudiando *La Revista Blanca*; Andrés Atenza, becario del CNRS, dedica su atención a Gracián... Baste esto a modo de ejemplo de nuestros planes futuros.

* * *

Quisiera terminar este discurso, tal vez demasiado autobiográfico, evocando una imagen. En su delicioso libro *Salamanca: guía sentimental*, Juan Domínguez Berrueta habla de un “yacente” de la Iglesia de San Martín colocado en un rincón de la nave del Evangelio. Se trata del sepulcro de un joven caballero salmantino, Roberto de Santisteban, muerto hacia finales del siglo XV; aprieta con la mano izquierda su espada, tiene la cabeza apoyada sobre su mano derecha, y sus ojos, muy abiertos, parecen meditar, en un sueño lejano y concentrado a la vez. Juan Domínguez Berrueta compara la actitud de intimidad espiritual de este hombre con la del “doncel de Sigüenza”, descrito con incomparable maestría por Ortega y Gasset. El profesor salmantino llega a decir que se puede, con razón, hablar del “doncel de Salamanca”... Efectivamente, este joven, de noble contextura, fue sin duda, más que un guerrero común o brutal, un discreto hidalgo (algo similar al hombre del verde gabán de *El Quijote*), amante de alta cultura intelectual y de sabiduría. Contemporáneo del gran filólogo salmantino Antonio de Nebrija y de su colega Lucio Marineo Sículo, así como del poeta Juan del Encina o de Abraham Zacut y de aquellos otros grandes y gloriosos maestros de la época de los Reyes Católicos, une en su persona la acción y la contemplación, el valor y la dialéctica.

Me complace pensar que este juvenil representante del Renacimiento incipiente es el más justo y genuino símbolo de Salamanca, siempre dinámica y llena de futuro, ciudad atrevida que ha sabido en cada siglo conciliar, gracias a su genio original, la actividad más incesante, como la epopeya de las Indias, y la reflexión más “novadora”, como la filosofía del derecho natural

e internacional... ¡Ojalá que, a semejanza de este “yacente” siempre viviente o resucitado en su plena y magnífica adolescencia, permanezca siempre Salamanca fiel a su mensaje de humanismo integral, guiada por la gloriosa *alma mater*, la vieja y siempre joven Universidad, que ha merecido y hecho honor plenamente a su orgullosa divisa: “Omnium scientiarum princeps, Salmantica docet”. HE DICHO.